

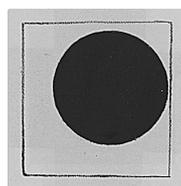
El arte como arquitectura de una sociedad libre.
Algunas anotaciones desde la estética de Herbert
Marcuse

Art as architecture of a free society. Some notes
from the aesthetics of Herbert Marcuse

Rodnie Gabriel Galeano Rosa

Universidad de Zaragoza

rgaleano@unizar.es



FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA, N° 21, 2024: 104-116

ISSN: 1132-3329, E-ISSN: 2173-6464

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2024.02.11

Teoría y crítica para un presente desesperanzado: apuntes para el mundo contemporáneo

Número especial monográfico coordinado por:

Fabián Portillo Palma

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Fernando Gilabert Bello

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Editores

Juan José Gómez Gutiérrez (director)

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Alejandro Martín Navarro

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Fernando Gilabert Bello

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Comité científico

José Luis Abdelnour Nocera, University of West London

Fernando Ciaramitaro, Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Salvatore Cingari, Università per Stranieri di Perugia

Claudia Giurintano, Università di Palermo

Antonio Gutiérrez Pozo, Universidad de Sevilla

Anacleto Ferrer Mas, Universidad de Valencia

Jean-Yves Frétygné, Université de Rouen

Alicia de Mingo Rodríguez, Universidad de Sevilla

Antonio Molina Flores, Universidad de Sevilla

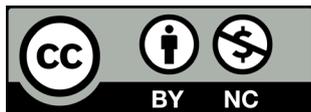
José Ordóñez García, Universidad de Sevilla

Alfonso Maximiliano Rodríguez de Austria Giménez de Aragón, Universidad de Cádiz

Hugo Viciano Asensio, Universidad de Sevilla

Producción editorial

Miguel Fernández Nicasio, Universidad de Sevilla



© de los textos: sus autores

Edita: Editorial Universidad de Sevilla

ISSN: 1132-3329; e-ISSN: 2173-6464

Facultad de Filosofía

Departamento de Estética e Historia de la Filosofía

C/ Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)

https://revistascientificas.us.es/index.php/fragmentos_filosofia/index

Correo: jgomez32@us.es

1. Introducción

Herbert Marcuse como teórico y filósofo social ocupó un lugar muy relevante en los movimientos estudiantiles que emergieron a finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado. Sus reflexiones sobre las nuevas formas de control, la pérdida de la libertad y la anulación de los elementos de oposición por la sociedad unidimensional son algunos de los problemas abordados durante su trayectoria intelectual, pero no deja de llamar la atención que, en sus últimos años, se interesó nuevamente por la dimensión estética. En sus años de juventud, concretamente cuando desarrolló su tesis doctoral, se ocupó de la novela de artista en la época del Romanticismo alemán, luego sus intereses intelectuales se ampliaron y recorrieron lugares o campos diversos: fenomenología, marxismo, psicoanálisis, entre otras preocupaciones.

Su interés por la estética y los problemas relacionados con el arte se debe a la firme idea de que en las sociedades represivas el arte conserva "...todavía una libertad de expresión que le permite al escritor y al artista llamar a los hombres y las cosas por su nombre: nombrar lo que de otra manera es innombrable" (Marcuse 2024, 66). Asimismo, Marcuse miró en el arte un compromiso con la emancipación de la sensibilidad, de la imaginación y de la razón en todas las esferas de la subjetividad, algo que no puede ser alcanzado desde otros modos de conocimiento.

En la conferencia titulada *El arte en la sociedad unidimensional*¹ encontramos otra razón más: la necesidad de comprender la riqueza de la dimensión artística frente a la incapacidad de la racionalidad técnico-científica de comunicar los fenómenos de nuestro tiempo. Para ese momento, el teórico berlinés advirtió que el lenguaje que proviene de la razón técnico-científica resultaba arcaico y obsoleto si se comparaba

¹ Esta conferencia fue pronunciada por vez primera el 8 de marzo de 1967 en la Escuela de Artes Visuales de Nueva York y llevó como título: *Art in the One-Dimensional Society*. El texto se publicó por primera vez en mayo de 1967 en *Arts Magazine*, 41, 7, pp. 26–31, y posteriormente se reimprimió en un volumen editado por Lee Baxandall: *Radical Perspectives in the Arts*. La versión empleada en este artículo se encuentra en MARCUSE, H.: *Escritos sobre estética y política*. Medellín, ennegativo ediciones, 2024.

Resumen: El artículo que a continuación se presenta muestra las aspiraciones esenciales del pensamiento estético de Herbert Marcuse, de las cuales, las más relevantes se relacionan, por un lado, con su deseo de enfatizar que el arte puede llegar a ser un elemento subversivo capaz de generar una sensibilidad y racionalidad distinta a la que se produce en las sociedades represivas y, por otro, con su caracterización de que el arte es la única posibilidad de liberar las potencialidades reprimidas de los hombres y, a la vez, la última apuesta para emancipar a la humanidad que aún hoy se encuentra sometida a la racionalidad represiva del sistema capitalista. En ese sentido, el arte, desde la visión de Marcuse, podría ser el último eslabón débil que conecta el presente con la esperanza del futuro.

Palabras clave: Arte, Arquitectura, Sociedad, Libertad, Estética.

Abstract: The article presented below shows the essential aspirations of Herbert Marcuse's aesthetic thought, of which the most relevant are related, on the one hand, to his desire to emphasize that art can become a subversive element capable of generating a sensitivity and rationality different from that produced in repressive societies and, on the other, with its characterization that art is the only possibility of releasing the repressed potentialities of men and, at the same time, the last bet to emancipate humanity that even today it is subject to the repressive rationality of the capitalist system. In that sense, art, from Marcuse's vision, could be the last weak link that connects the present with the hope of the future.

Keywords: Art, Architecture, Society, Freedom, Aesthetics.

con algunos de los logros y la fuerza del lenguaje artístico y poético, “especialmente en el contexto de la oposición contra esta sociedad entre los jóvenes protestantes y rebeldes de nuestro tiempo” (Marcuse 2024, 26).

En el texto *La dimensión estética* (1977)² se encuentran las reflexiones o preocupaciones estéticas de madurez de Herbert Marcuse, mismas que fueron hilvanadas en un momento en que varias voces, incluyendo la de Theodor Adorno, anunciaban su muerte u ocaso³. Marcuse no compartió la posición sobre la muerte o acabose del arte, por el contrario, afirmó con contundencia que el arte no ha llegado a su final, pero sí reconoció que se encuentra inmerso en una profunda crisis que tan solo es una pequeña fracción de la crisis general de nuestro tiempo. Asimismo, dichas reflexiones, en buena parte, se dirigen al desmantelamiento de las tesis sobre arte que promovió y defendió el marxismo ortodoxo⁴.

La ortodoxia marxista le atribuyó a la obra de arte una función y un potencial político concreto y sostuvo que la obra de arte, entre otras cosas, representa los intereses y la visión del mundo de las diferentes clases sociales. Contrariamente, Marcuse pensó que la obra de arte no es el reflejo de los anhelos y aspiraciones de una clase social determinada y su potencial político se concentra en la forma estética y en virtud de su particular forma estética, el arte es autónomo frente a las condiciones sociales existentes.

2 *La dimensión estética. Crítica de la ortodoxia marxista* (1977) es el último texto publicado en vida por Herbert Marcuse y su título original fue *Die Permanenz der Kunst. Wider eine bestimmte marxistische Ästhetik*, el cual se volvió a publicar en 1978 bajo el nombre *The Aesthetic Dimension. Toward a Critique of Marxist Aesthetics*.

3 Theodor Adorno en su *Teoría estética* (1970) formuló que el arte, ante la desartización y neutralización que produce la industria cultural, se ha convertido en producto de entretenimiento y objeto de consumo masivo y, por tanto, su desenlace fatal era algo inevitable.

4 Marcuse empleó el término de ortodoxia para hacer referencia a las posiciones marxistas que entendieron la verdad de una obra de arte en términos de la totalidad de las relaciones de producción existentes, es decir, empleó la categoría de ortodoxia para referirse a la visión que afirmó que la obra de arte era el resultado o el reflejo del nivel de las fuerzas productivas de una sociedad determinada.

En su autonomía -nos decía Marcuse- el arte no solo manifiesta su denuncia ante la realidad instituida, sino que la trasciende por el hecho de subvertir la conciencia constreñida y reprimida. Además, el arte tiene una fuerza política y social interna inherente y, por tanto, su politización no solo resultaba innecesaria sino perjudicial. Por otro lado, el pensador berlinés creyó que una obra adquiere su estatuto de obra de arte en virtud de la forma que incorpora y sublima la materia y no por los aspectos discursivos o narrativos. La forma estética constituye el punto de partida de la transformación estética. Una obra puede contener el motivo de esta transformación, incluso, puede quedar determinada por la clase social, “pero en la obra de arte esta “materia” despojada de su inmediatez se convierte en algo cualitativamente diferente, forma parte de otra realidad” (Marcuse 2007, 88).

El cuerpo estético que edificó Marcuse resulta importante por dos razones en concreto, la primera, por considerar el arte como una promesa de liberación que “invoca una imagen del fin del poder, de la manifestación aparente de la libertad” (Marcuse 2007, 97) y, la segunda, por ver en el arte la única posibilidad de construir una nueva sensibilidad que permita transformar por medio de un cambio radical las condiciones de vida, trabajo y amor de las sociedades represivas.

El estudio que se presenta a continuación tiene como propósito exhibir, aunque sea de forma general, el pensamiento estético de Herbert Marcuse, pero, ante todo, demostrar el papel que ocupa el arte como dispositivo que puede alterar el principio de realidad instituido y, de esa forma, no solo proponer lo posible sino liberar las pulsiones subyugadas. Finalmente, el artículo demuestra, a partir de la visión de Marcuse, como el arte escapa del control de la racionalidad de dominio de la sociedad opresora y se constituye en un medio que apertura transformaciones en la sensibilidad y la conciencia política y, de ese modo, puede llegar a ser un canal esencial en la construcción de una sociedad distinta.

2. La urgencia de la estética en Herbert Marcuse

El itinerario intelectual de Marcuse inició y finalizó con algunas inquietudes estéticas. *La novela de artista alemana (1922)* fue el título de su tesis doctoral y despliega sus primeras disertaciones sobre la literatura de vanguardia. *La dimensión estética (1977)* fue el último libro que Marcuse publicó aún con vida y concentra buena parte de las reflexiones sobre el papel liberador del arte y la crítica a la estética marxista. Entre su tesis doctoral y su última publicación hay una distancia de 55 años, sin embargo, hay algunos puntos que mantienen cierta continuidad respecto a sus tesis iniciales⁵.

Las reflexiones contenidas en *La novela de artista alemana (1922)* permitieron a Marcuse identificar que la mayoría de las novelas de artista poseen “una dimensión crítica contra la creciente industrialización y mecanización de la vida económica y cultural, como un proceso que destruye o margina todos los valores espirituales” (Löwy, 1980: 25-26).

La crítica a la creciente industrialización y a la mecanización de la vida por parte de los artistas de finales del siglo XIX fue muy bien captada por el pensador berlinés, sin embargo, lo capital de su tesis doctoral fue haber descubierto que la vida humano-social puede ser alterada, trastocada o transformada por medio de la intervención artística. La vida para Marcuse no es únicamente el espacio donde los individuos como agentes históricos despliegan su actividad práctica y espiritual, sino algo que en lo más profundo tiene una base estética y se manifiesta como un “...equilibrio perfecto entre lo interior y lo exterior, el espíritu y la sensualidad, la esencia y la actividad [que] transforma la existencia de cada individuo en belleza, en obra de arte” (Löwy 1980, 81).

Marcuse en su tesis doctoral le interesaba, por un lado, demostrar que la novela de artista era una crítica incisiva contra la sociedad burguesa y, por otro, recapitular el punto de inflexión en el momento que se expandieron los

experimentos radicales para superar la división entre arte y vida. Las conclusiones obtenidas por Marcuse en su tesis doctoral fueron extremadamente útiles para su pensamiento estético tardío y, específicamente, para pensar la relación entre sensibilidad y libertad, entre estética y política.

Las reflexiones estéticas contenidas en *La novela de artista alemana (1922)* fueron escritas en la época en que los movimientos de vanguardia irrumpían el mundo del arte y, en ciertos casos, el espacio político. Luego hay un periodo bastante prolongado en el que la estética en el pensamiento marcuseano pareciera no ocupar un lugar tan preponderante. Será hasta el año de 1977, a escasos dos años de su fallecimiento, que Marcuse vuelve a publicar un texto cuyo componente esencial es la dimensión estética. La preocupación por retomar la reflexión estética no se deriva de una inquietud estrictamente intelectual, sino a la consecuencia de sus reflexiones sobre la sociedad unidimensional. Frente al control totalitario de los instintos y a la efectiva manipulación de las pulsiones debido al desarrollo de la técnica moderna, Marcuse percibió en el arte una nueva forma de conciencia crítica contra la realidad establecida. Esta caracterización sobre el papel progresivo del arte no fue algo fortuito sino el resultado de la nueva sensibilidad que emergió en el contexto de las luchas estudiantiles de finales de los años sesenta.

El contexto de las luchas de resistencia -para Marcuse- posibilitó una nueva sensibilidad que indicaba la profundidad de la ruptura con el *continuum* del poder. Sin embargo, esta atmósfera de cambio y transformación podía ser algo artificial y de corta duración sino se le conducía desde un cambio profundo “...en la percepción que acompañara la reconstrucción material e intelectual de la sociedad [y crear] el nuevo ambiente estético” (Marcuse 1968, 43).

Durante la eclosión de las luchas de resistencia estudiantil, la estética pasó a ser, por un lado, un dispositivo fundamental para el forjamiento de una nueva conciencia y sensibilidad y, por otro, una fuerza de oposición que se erigió como crítica social. La idea de que el arte y la estética puede estar a disposición de un cambio radical y liberador es una de las tesis modulares que entrecruza el pensamiento de Marcuse, por

⁵ En ambos textos el arte aparece como una forma de conciencia crítica contra la realidad instituida y como un medio que permite traspasar la cruda y dura realidad para alcanzar la libertad estética, es decir, la liberación de la sensibilidad y la razón.

lo que, la separación entre *La novela de artista alemana* (1922) y *La dimensión estética* (1977) es solo temporal. Aunque, el propio Marcuse en conversación con Habermas (1980) y otros intelectuales haya manifestado que la concepción de arte que quedó estampada en su tesis doctoral experimentó un cambio profundo respecto a la visión que se expuso en la que fue su última publicación.

Marcuse en sus años de juventud miró en el arte “una fuerza productiva histórica, como la dimensión estética de la liberación del individuo respecto de las limitaciones sociales (Schmidt 1992:13), y en su etapa de madurez, el arte se presenta como una forma liberadora del principio de realidad o como manifestación que “desafía el monopolio de la realidad establecida para determinar qué es lo «real» y lo hace creando un mundo ficticio que, sin embargo, es más real que la propia realidad” (Marcuse 2007, 73).

El pensamiento estético de Marcuse, a pesar de sus múltiples preocupaciones, no experimentó grandes bifurcaciones, sino que se sostuvo bajo la idea de que el arte, a pesar de sus crisis internas, mantiene la posibilidad de liberar el espíritu reprimido por la civilización moderna para alcanzar una nueva forma de racionalidad y construir una sociedad más acorde con la belleza y la felicidad humana.

La urgencia de una estética liberadora en el proyecto marcuseano, fue alimentada, como se ha sostenido, por las reflexiones contenidas en *El hombre unidimensional*. Dichas reflexiones, permitieron a Marcuse identificar que el sostenimiento de las sociedades opresivas se debía al progreso técnico extendido “...que crea formas de vida (y de poder) que parecen reconciliar las fuerzas que se oponen al sistema y derrotar o refutar toda protesta...” (Marcuse 2016, 33) y, por tanto, todo cambio cualitativo que proponga instituciones esencialmente diferentes, una nueva dirección del proceso productivo y nuevas formas de existencia humana, pareciera ser en nuestros días, algo imposible. La contención del cambio social o de cualquier transformación radical, para Marcuse, probablemente sea uno de los mayores logros de la sociedad industrial avanzada.

Frente a una sociedad que ha desarrollado por medida de la racionalidad técnica los medios para controlar y suprimir cualquier

aspiración de cambio social radical y satisfacer a gran escala las necesidades materiales y culturales de los hombres, Marcuse se encaminó a desarrollar una teoría estética en función de la emancipación de los sentidos y la razón. A partir de ese propósito empezó a explorar con cierto detalle la generalización de la resistencia estética que generó las luchas de resistencia estudiantil de finales de los años sesenta y principios de los setenta porque para ese momento los límites del arte habían estallado y la estética se había convertido en un nuevo tipo de política. Con las luchas de resistencia estudiantil brotó una nueva sensibilidad que con rapidez se transformó en un factor político que señalaba un cambio en el desarrollo de las sociedades contemporáneas porque había llegado a ser praxis que

emerge en la lucha contra la violencia y la explotación, allí donde esta lucha se encamina a lograr modos y formas de vida esencialmente nuevos: negación total del sistema establecido, de su moralidad y su cultura; afirmación del derecho a construir una sociedad en la que la abolición de la violencia y el agobio desemboque en un mundo donde lo sensual, lo lúdico, lo sereno y lo bello lleguen a ser formas de existencia y, por tanto, la Forma de la sociedad misma (Marcuse 1969, 31).

En el contexto de las luchas de resistencia estudiantil la estética apareció como forma posible de una sociedad libre porque hay algo en la dimensión estética que tiene afinidad esencial con la libertad, no solo en su forma artística sublimada, sino también en su desublimada forma política. Además, la dimensión estética tiene el poder de controlar la agresión, anular e inmovilizar al agresor y solo puede emerger en la práctica colectiva de creación de un medio ambiente

nivel por nivel, paso a paso -en la producción material e intelectual; un medio ambiente en el que las facultades no agresivas, eróticas, receptivas del hombre, en armonía con la conciencia de la libertad trabajen por la pacificación del hombre y la naturaleza. En la reconstrucción de la sociedad para el logro de esta meta (Marcuse 1969,38).

Marcuse en su etapa de madurez miró en la estética la única posibilidad para la liberación de las potencialidades reprimidas de los hombres y

la formación de una subjetividad rebelde. Pero el arte y la estética no pueden ejercer su función liberadora si se encuentran sujetos a ciertos sesgos y trabas ideológicas que poco o casi nada le aportan. Por esa razón era necesario reexaminar críticamente las tesis de la estética marxista. Así, en sus últimas disertaciones, Marcuse se concentró en dismantelar las posiciones que restringen el potencial liberador de la obra de arte y, por ello, resultaba fundamental demostrar el carácter revolucionario del arte más allá de las relaciones sociales en las cuales se desarrolla y más allá de una identificación estricta respecto de alguna tendencia de clase y, de hecho, para Marcuse cualquier identificación con una clase social determinada, lejos de afianzar el carácter político del arte, lo empobrece y lo convierte en mera ideología.

El arte en nuestro tiempo es víctima de diversas fuerzas que no permiten su pleno desarrollo, por un lado, del mercado que condiciona estilos y formas a raíz de los gustos y preferencias de los coleccionistas, de la despolitización que promueve las tendencias postmodernistas y la sociedad de consumo y, por otro, de una estetización generalizada del mundo de la vida que amenaza la continuidad y supervivencia del arte. En ese sentido, los actores fundamentales del mundo del arte necesitan profundizar en la comprensión de cómo se superan las tendencias en conflicto y, para ello, puede ser de mucha utilidad la consideración de las ideas estéticas de Marcuse para reinterpretar nuestro "...momento de urgencia política y desesperación" (Becker 2024, 356).

3. La crítica a la politización del arte y la propuesta de una estética de la subjetividad rebelde

La politización del arte fue una orientación en el campo de la creación artística que se promovió durante el periodo de burocratización y deformación del estado soviético. Para aquel momento había una necesidad imperativa de subordinar el arte a la política y se canalizó en el culto del proletariado por medio de una tendencia final y desastrosa que fue denominada realismo socialista. En términos generales, la idea era que las obras de arte expresaran discursivamente los valores y principios de la

revolución con el propósito de afianzar y elevar el nivel de conciencia de la clase obrera y demás sectores oprimidos. Pensadores marxistas de la talla de León Trotsky, José Carlos Mariátegui y Walter Benjamin⁶, solo para citar a algunos, se opusieron radicalmente a esta orientación que lejos de abrir el horizonte de la imaginación y de lo posible cercenaba y castigaba todo intento de libre creación.

Marcuse participó de las críticas contra esta visión deformada porque en principio hablar de una politización del arte era algo que, para él, carecía de sentido debido a la propia naturaleza liberadora del arte. El arte para el pensador berlinés es una actividad inherentemente política por atender contra el principio de realidad instituido, además por proponer un horizonte de posibilidad que infringe las lógicas perversas de la sociedad capitalista. Para Marcuse, como diría Andrew Feenberg, "la unidad entre la estética y la política no era una mera fantasía" (2005, x). Pero la unidad entre arte y política no debe entenderse como la subordinación del arte a la política. Marcuse pensó que la obra de arte, aunque no pueda cambiar de forma directa la realidad social, es un componente esencial de la revolución. Sin embargo, la obra de arte "nunca puede y nunca debe convertirse directa e inmediatamente en un factor de praxis política. Solo puede tener efecto indirecto, por su impacto en la conciencia y en el inconsciente de los seres humanos" (Marcuse 2024a, 201).

⁶ León Trotsky, André Bretón y Diego Rivera en profundo desacuerdo con la política del estalinismo en materia de creación artística, elaboraron el *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente* (2019). En el señalado manifiesto expresaron su profundo desacuerdo con las restricciones impuestas tanto por el fascismo como por el estalinismo en el terreno de la creación artística. El manifiesto concluyó con un llamado a la creación de un movimiento amplio para luchar por un arte libre e independiente. Si bien Mariátegui (1959) por su muerte prematura no llegó a presenciar la idea de un arte oficialista de un arte proletario, observó críticamente la impaciencia que movilizaba a muchos artistas jóvenes a decretar el nacimiento de un arte comunista, cuando no estaban aún dadas las condiciones para el surgimiento de un hombre nuevo, que debía ser producto de la transformación de la sociedad y síntoma de plenitud de un orden socialista. Walter Benjamin en su ensayo *El autor como productor* (2015) manifestó su desacuerdo con las líneas orientadas por los partidos comunistas para emplear la creación artística y literaria como medio de propaganda.

Marcuse no solo consideró innecesaria una politización del arte, sino que advirtió sobre los peligros que conlleva semejante práctica y, precisamente por ello, cuestionó de forma profunda el papel del marxismo ortodoxo por reducir el potencial de las obras de arte a su función propagandística. Marcuse, además, le restó credibilidad a la idea de que el aspecto político y estético, así como el contenido revolucionario y la calidad artística deban de coincidir porque en algunos casos una obra que incentive el cambio y las transformaciones radicales puede ser contrarrevolucionaria en términos artísticos y estéticos. Por ello, y a la distancia de las posiciones del marxismo ortodoxo, pensó que:

Una obra de arte puede considerarse revolucionaria cuando, en virtud de la transformación estética, representa a través del destino ejemplar de los individuos la carencia de libertad imperante y las fuerzas que se revelan, abriendo así un camino entre la mistificada (y petrificada) realidad social y descubriendo el horizonte de cambio (liberación) (Marcuse 2007, 54).

Durante la Guerra Fría se presionó a los artistas para que supeditaran su aparato artístico a la expresión de los intereses y necesidades de la clase obrera y se les obligó a emplear el realismo (en sus diversos significados) en la representación de la revolución por creer que era la forma artística correcta. Estas directrices provocaron un daño irreparable porque no se consideró que desde el arte no se puede representar la revolución, solo se le puede invocar, eso sí, desde "...una estructura estética en la que el contenido político se vuelve metapolítico, regido por la necesidad formal del arte" (Marcuse 2024, 209).

El arte remodela y organiza la realidad de acuerdo con las exigencias de la forma estética y no a los requerimientos de un programa o a los intereses de una clase social. Pero para superar el plano de la falsa ilusión, el arte requiere incluso la representación de la muerte y de la destrucción para invocar la necesidad de esperanza "-una necesidad enraizada en la nueva conciencia incorporada en la obra de arte-" (Marcuse 2007, 61).

Las cualidades radicales de las obras de arte -para el pensador berlinés- no se encuentran relacionadas por su utilidad en la difusión de

un programa o una política revolucionaria, sino por la capacidad de denuncia de la realidad y los poderes instituidos y, por supuesto, por la invocación a la bella ilusión de la liberación.

Marcuse estuvo plenamente convencido que la politización no abona al desarrollo ni a los propósitos de la creación artística porque

el arte, tal como lo conocemos, no puede transformar la realidad y, por tanto, no puede someterse a las exigencias reales de la revolución sin negarse a sí mismo. Solo como poder negativo y alienante puede negar, dialécticamente, la alienación de la realidad política (Marcuse 2024, 212).

Un elemento interesante del pensamiento estético marcuseano es haber concedido un lugar relevante a la forma estética (obra de arte) por generar la posibilidad de transgredir el principio de realidad instituido y contribuir con la liberación de la sensualidad, de la sensibilidad humana y de las facultades racionales y, en efecto, para Marcuse: "toda liberación efectuada por el arte significa [...] una liberación tanto de los sentidos como de la razón de su actual servidumbre" (Marcuse 2024, 202).

La obra de arte contribuye a liberar los instintos reprimidos y a potencializar el juicio crítico y, con ello, a no aceptar lo dado y socialmente instituido. La obra de arte apertura una posibilidad de desplazamiento entre la lógica convencional y establecida por la racionalidad técnica a una sociedad posible, a una sociedad de la esperanza. La obra de arte no puede cambiar directamente el curso de los hechos, pero sí puede liberar y expandir la subjetividad liberadora que se requiere para un cambio cualitativo y radical.

La estética de Marcuse nos enseña a no entregarnos a lo establecido y a colocarnos en oposición al más fuerte porque una realidad más justa es posible. La alternativa se construye por medio del cultivo de una sensibilidad transformadora, una sensibilidad abierta al disenso y a la lucha por la vida, en una palabra, abierta a la esperanza.

El sistema capitalista y las formas de gobierno tradicionales atraviesan una crisis profunda, pero su crisis no significa que su derrumbamiento o que su destrucción se aproxime, por el contrario, gozan de una enorme estabilidad.

Frente al control de la esperanza, de la necesidad de cambio y de una represión generalizada de la libertad, se hace necesario "...una contrapartida radical que sepa volver a proponer valores ocultos, como la solidaridad, el amor a la belleza, el culto a la trascendencia, el ponerse a prueba en la soledad y en el silencio, tan insólitos hoy" (Gramigna 2024,299). Pero esto no puede ser posible sin el desarrollo de un pensamiento crítico porque la liberación implica la toma de conciencia de un estado de servidumbre. Dicho estado de conciencia puede ser alcanzado por medio del cultivo de una subjetividad rebelde o liberadora.

La subjetividad liberadora se constituye en la historia interior de los individuos, su historia personal, que no se identifica con su existencia social y, en ese sentido, el sujeto puede dar un nuevo horizonte a su propia experiencia que coincide con el resurgimiento de una subjetividad rebelde (Gramigna 2024, 311).

Es el propio arte -de acuerdo con Marcuse- que señala el camino de la liberación debido a su capacidad de trascender la dimensión social. Además, el arte en su autonomía expresa el imperativo del cambio por medio del recuerdo "de una vida entre ilusión y realidad, falsedad y verdad, entre alegría y muerte" (Marcuse 1968b, 25) y, por tanto, de contradicciones y antagonismos existenciales. Ahora bien, el arte no puede prometer "que al final el bien triunfará sobre el mal, tal promesa sería refutada por la verdad histórica" (Marcuse 1968b, 37); pero los sujetos con su fuerza subversiva, con la aceptación de la responsabilidad, con la voluntad de creer en un mundo alternativo, deben hacerse cargo del cambio de esa verdad degradante.

El arte y la belleza mantienen un poder peligroso porque su naturaleza subversiva atenta contra una sociedad que debe racionalizar y regularizar la felicidad y, por consiguiente, la liberación permanente no puede dejar de lado la dimensión estética porque el arte cuando mantiene su propia autonomía, siempre posee los medios para trascender el hecho en que se basan las pretensiones de verdad objetiva y los principios sobre los que descansa la sociedad unidimensional.

El arte en el pensamiento de Marcuse posee un valor político destacable por brindar la

posibilidad de pensar una trascendencia de la realidad inmediata y abrir

la dimensión a una experiencia cualitativamente diferente, despertando igualmente una subjetividad rebelde, una donde tiene lugar la desublimación en la percepción de los individuos, una negación de las normas, necesidades y valores dominantes" (Giraldo 2024, 390).

4. Forma estética y el arte como arquitectura de una sociedad libre

La forma estética es una categoría de suma relevancia en el pensamiento estético de Herbert Marcuse y fue empleada para referenciar la transformación de la realidad por medio de un contenido dado (un hecho actual o histórico, personal o social) en una totalidad autónoma, llámese poema, novela, pintura, obra de cine, obra de teatro, etc. Ahora bien, el término de forma estética es sustitutivo del concepto de obra de arte y sirvió para confrontar "...las concepciones tradicionales del arte como mera representación de la realidad o, en su forma ortodoxa marxista, como expresión de la lucha de clases" (Sánchez Marín 2017, 123).

La forma estética no hace referencia únicamente a la estructura o a la forma pura de la obra, sino al contenido convertido en forma. Este aporte es un elemento diferenciador de la estética de Marcuse porque el formalismo y sus corrientes afines consideraron que lo artístico reside únicamente en las propiedades estructurales o formales de la obra de arte, mientras que el realismo social concedió mayor valor a los contenidos o a las propiedades semánticas. Marcuse no disoció lo formal de lo narrativo porque ambas dimensiones son aspectos indivisibles de la forma estética y, por tanto, una obra de arte es auténtica o verdadera no en virtud de su contenido ni tampoco por su forma pura, sino por el contenido convertido en forma.

La forma estética es una estructura autónoma e independiente de la naturaleza, tanto de la física como la humano-social. La forma estética u obra de arte no brota de forma directa de las condiciones positivas o negativas del mundo, no es su reflejo, sino, como diría Baudrillard, "es su ilusión exacerbada" (2007,20). La obra de arte tampoco emerge como el resultado de la praxis

política de una clase social determinada, por el contrario, la forma estética libera al arte de la realidad de la lucha de clases y de la realidad pura y simple.

La obra de arte y la forma estética son estructuras autónomas -como ya se ha expresado- que no se derivan mecánicamente de la realidad social o de la lucha de clases y su verdad no es la describir de forma fiel y realista el mundo aparental sino transgredir el control de la realidad establecida para definir lo que es real. En esa ruptura se da el mayor logro de la forma estética porque el mundo soñado e imaginado del arte aparece como la verdadera realidad.

La forma estética o la obra de arte en la estética marcuseana no adquiere el estatuto de verdad por representar los intereses y opiniones de la clase obrera o de la burguesía, aunque, esta categoría material puede favorecer a su recepción y puede prestarle una mayor concreción, sin embargo, no es en modo alguno una cualidad constitutiva.

La universalidad del arte no puede basarse en el mundo y en la visión del mundo de una determinada clase porque el arte entrevé un universal concreto, la humanidad que no puede incorporar ninguna clase en particular, ni siquiera el proletariado la “clase universal” de Marx (Marcuse 2007,68).

La forma estética al poseer un lenguaje propio ilumina la realidad por medio de este otro lenguaje. Además, al poseer su propia dimensión de afirmación y negación adquiere una dimensión que es completamente ajena al proceso social de producción. La forma estética “es de hecho una ilusión: se presenta como lo que no es. Así, [...] agrada; proporciona gratificación sustitutiva en una realidad miserable” (Marcuse 2024, 37).

Para Marcuse la obra de arte o la forma estética experimenta ciertas tensiones que atentan contra su propia esencia, sin embargo, su capacidad de transgredir el horizonte de lo dado e instituido la convierte en un vehículo de reconocimiento y acusación. Pero esta conquista implica un grado de autonomía que separa el arte del poder misticado del mundo establecido y lo libera para que exprese su propia verdad. La forma estética es el otro principio de realidad que, por un lado, mantiene la posibilidad

de liberar las potencialidades reprimidas y, por otro, comunicar verdades no comunicables en ningún otro lenguaje.

Pero ¿por qué Marcuse en los últimos años de su vida demostró un interés elevado en el arte y la reflexión estética? El teórico berlinés encontró en el arte un horizonte de posibilidad para enfrentar las sociedades represivas por medio del cultivo de una sensibilidad y racionalidad diferente. Marcuse miró en las propiedades disruptivas y transgresoras del arte una promesa de alteración del orden instituido y la promoción de un mundo distinto.

A finales de los años sesenta del siglo pasado el teórico berlinés pronunció una serie de conferencias que le permitieron disertar su posición en torno a la posibilidad de una sociedad no represiva. En la conferencia *Liberándose de la sociedad opulenta*⁷ no solo caracterizó las sociedades industriales adelantadas, sino que reconoció que la posibilidad de un cambio o una transformación radical en nuestro tiempo era algo extremadamente difícil por “...enfrentarnos a una situación nueva en la historia porque hoy tenemos que liberarnos de una sociedad que funciona relativamente bien, que es rica y poderosa” (Marcuse 2011,27).

Marcuse sabía muy bien que el capitalismo de nuestro tiempo, al menos en las sociedades industriales, no había conducido a los trabajadores y sectores explotados a una situación de miseria y de pobreza extrema como lo pronosticó Marx, por el contrario, nos encontramos con una sociedad que desarrolla a gran escala las necesidades culturales y materiales de los hombres. Precisamente por esa razón, Marcuse creyó que el cambio no pasa por lo ideológico, sino por la desactivación de los elementos represivos que controlan y subyugan las pulsiones internas. Además, el propio desarrollo de la sociedad industrial, por el tremendo crecimiento de su productividad material y técnica, ha condicionado que la lucha por la liberación no cuente con un apoyo significativo de masas debido a la satisfacción de las necesidades materiales y

⁷ Esta conferencia fue pronunciada en el marco del congreso internacional *Dialéctica de la liberación* que se celebró en Londres del 15 al 30 de julio de 1967. La conferencia traducida al castellano se encuentra en el texto Marcuse, H.: *La sociedad carnívora*. Buenos Aires, Ediciones Godot, 2011.

los “...mecanismos sociales de manipulación, adoctrinamiento y represión que determinan esa carencia masiva” (Marcuse 2011,27).

Un cambio social o una transformación radical de la sociedad es objetivamente necesario porque es la única probabilidad de salvar las posibilidades de la libertad humana, pero paradójicamente, aunque esa necesidad este presente manifiestamente, la necesidad subjetiva para ese cambio no es predominante. “Y no predomina precisamente entre los sectores de la población tradicionalmente considerados como agentes del cambio histórico” (Marcuse 2011, 35).

El arte puede contribuir a la noble aspiración de construir una sociedad libre, pero para ello, las obras que se expresan en rebelión desenfrenada contra la sociedad opresiva y apuestan por la liberación de las potencialidades reprimidas no pueden ser medidas por el origen o procedencia social de los artistas, ni por el horizonte ideológico de la clase social a la que pertenecen. Y, mucho menos, dichas obras pueden ser determinadas por la presencia o ausencia de la clase oprimida. “El criterio para juzgar el carácter progresista del arte se encuentra únicamente en la propia obra entendida como un todo: en aquello que expresa y en la manera de hacerlo” (Marcuse 2007, 70).

El arte puede contribuir en la consumación de una sociedad libre por medio de la transformación de la conciencia y los impulsos de los hombres y mujeres capaces de cambiarlo porque el arte, lejos de ser instrumento de lucha, es un medio de inspiración y de reconocimiento de una realidad posible. Ahora bien, el arte puede proporcionar las imágenes de una sociedad más libre y de relaciones más humanas, pero no puede ir más allá.

En este sentido, la diferencia entre teoría estética y política sigue siendo infranqueable: el arte solo puede decir lo que quiere decir en términos del destino completo y formal de los individuos en su lucha con su sociedad en el medio de la sensibilidad; sus imágenes se sienten e imaginan en lugar de formularse o proponerse intelectualmente, mientras que la teoría política es necesariamente conceptual (Marcuse 2024, 202).

Para que el arte pueda contribuir con la liberación tiene que negar nuestra sociedad actual,

anticipar las tendencias de la sociedad futura, criticar las tendencias destructivas o alienantes y sugerir imágenes creativas no alienantes.

En suma, el arte para el teórico berlinés es la arquitectura de una sociedad libre porque mantiene la posibilidad de provocar un cambio radical en el plano de la sensibilidad y, así, desactivar las lógicas de dominio de la sociedad capitalista. La constitución de una nueva sensibilidad y de un nuevo principio de realidad es una de las grandes tareas de todos aquellos que sufrimos las consecuencias de un sistema económico y un orden político injusto y desigual que amenaza con la destrucción de la humanidad y del planeta.

5. Conclusiones

Herbert Marcuse fue un pensador que logró construir una teoría estética a raíz del imperativo categórico de cambio y transformación social, sin embargo, su visión del arte y la estética fue contraria a la promovida por la ortodoxia marxista porque desde su posición el arte no puede transformar revolucionariamente a la sociedad. Asimismo, se opuso a la idea de una politización y a la identificación del arte con los propósitos revolucionarios de la clase obrera o cualquier otra clase social. Con relación a la politización del arte la consideró innecesaria porque el arte es inherentemente una actividad política que atenta contra el principio de la realidad establecida e instituida. Asimismo, Marcuse consideró que el arte no refleja mecánicamente la realidad material o económica en la que fue creada, por el contrario, es su ilusión exacerbada.

Marcuse siendo muy joven consideró que el arte era un medio fundamental para la transformación de la realidad y que abonaba sustancialmente a la libertad, a la justicia y a la felicidad. La teoría estética de Marcuse estuvo a la disposición de la utopía, es decir, de la edificación de una sociedad anhelada y solidaria con los demás. Las reflexiones estéticas y las preocupaciones sobre el mundo del arte de Marcuse emergieron en un momento en que las vanguardias artísticas intentaron unificar el arte con la vida y la vida con la revolución. Este anhelo de unificar la realidad con los propósitos de las vanguardias artísticas se consolidó en sus reflexiones de madurez y, por ello, el arte fue

concebido como un tipo de actividad que altera la realidad instituida y edifica la subjetividad rebelde.

Marcuse fue un pensador comprometido con su contexto histórico y, a raíz, de un análisis agudo de la sociedad unidimensional, es decir, la sociedad que empobrece y limita las capacidades reflexivas y expansivas de la libertad, consideró que el arte es el único modo posible que al cuestionar el orden existente de las cosas contribuye con la configuración y potencialización de una sensibilidad y racionalidad diferente. La subjetividad que resulta de la liberación de las potencialidades reprimidas permite enfrentarse con sentido crítico a la maldad de la sociedad unidimensional. Precisamente por lo anterior, en un sistema que oprime y reprime la libertad y que el sentido de esperanza se encuentra en detrimento: “la supervivencia del arte puede convertirse en el único eslabón débil que hoy en día conecta el presente con la esperanza para el futuro” (Marcuse 2024, 26). Esperanza que, a pesar del retroceso y la despolitización imperante, “...aún no ha sido derrotada y que insiste, en medio del agobio, por su plena realización” (Sánchez Marín 2017, 126).

Marcuse empleó metafóricamente la frase que el arte en nuestros días es la arquitectura de una sociedad libre para hacer referencia a la posibilidad del arte como forma de conciencia crítica que atenta contra los poderes y el principio de realidad instituido de organizar, motivar, alentar e impulsar el cambio social radical. Marcuse estaba convencido que las condiciones de sufrimiento y falta de libertad en las sociedades modernas, las cuales han frenado el desarrollo de las personas y les impiden alcanzar condiciones dignas de vida, han llegado a un punto de represión excesiva y control autoritario que solo puede ser revertido por medio de un cambio social radical. Sin embargo, tal cambio habrá que organizarlo porque la nueva sociedad no puede simplemente evolucionar de la actual, sino que se necesita una ruptura radical del *continuum* histórico.

La teoría estética de Marcuse logró trascender las posiciones que intentan alejar del arte su naturaleza política, sin embargo, las obras que luchan por la paz y la serenidad son actos intrínsecamente políticos. Además, Marcuse comprendió que la dimensión estética encarna

una verdad, una experiencia, una necesidad, que se convierte en un componente esencial en la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad. En el arte, Marcuse miró el refugio de la sensibilidad contra la racionalidad instrumental y totalitaria, pero la relevancia del arte no radica únicamente en la reivindicación de una cierta sensibilidad, “sino también en su papel subversivo respecto de los valores universales establecidos dentro de una sociedad concreta” (Giraldo 2024, 390).

Referencias

- BAUDRILLARD, J.: *El complot del arte. Ilusión y desilusión estética*. Amorrortu, 2006.
- BENJAMIN, W.: *El autor como productor*. Madrid, Casemiro libros, 2015.
- BECKER, C.: “Una exploración desde la dimensión estética hasta la muerte del posmodernismo”. En SÁNCHEZ MARÍN, L. y DAVID GIRALDO, J.S. (eds.), *Unidimensionalidad y teoría crítica. Estudios sobre Herbert Marcuse*. Medellín, ennegativo ediciones, 2024.
- BRETÓN, A., TROTSKY, L., RIVERA D.: *Manifiesto por un arte revolucionario e independiente*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2019.
- DAVID GIRALDO, J.S.: “Herbert Marcuse y la transformación social: una aproximación a la relación entre estética y política”. En SÁNCHEZ MARÍN, L. y DAVID GIRALDO, J.S. (eds.), *Unidimensionalidad y teoría crítica. Estudios sobre Herbert Marcuse*. Medellín, ennegativo ediciones, 2024.
- FEENBERG, A.: *Heidegger and Marcuse. The Catastrophe and Redemption of History*. New York-London, Routledge, 2005.
- GRAMIGNA, A.: “Por una estética de la formación Marcuse y la subjetividad rebelde”. En SÁNCHEZ MARÍN, L. y DAVID GIRALDO, J.S. (ed), *Unidimensionalidad y teoría crítica. Estudios sobre Herbert Marcuse*. Medellín, ennegativo ediciones, 2024.
- HABERMAS, J.: *Conversaciones con Herbert Marcuse*. Trad. Rubén Jaramillo Vélez. Universidad Nacional de Colombia, 1980.
- LÖWY, M.: “Marcuse and Benjamin. The Romantic Dimension”. *Telos* 20, pp. 25-33, 1980.
- MARCUSE, H.: *Eros y civilización*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1968a.

- MARCUSE, H. *Critica della società repressiva*. Feltrinelli, 1968b.
- MARCUSE, H.: *Un ensayo sobre la liberación*. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1969.
- MARCUSE, H.: *La dimensión estética. Crítica de la ortodoxia marxista*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2007.
- MARCUSE, H.: *La sociedad carnívora*. Buenos Aires: Ediciones Godot, 2011.
- MARCUSE, H.: *El hombre unidimensional*. Barcelona: Austral, 2016.
- MARCUSE, H.: *Escritos sobre estética y política*. Medellín, ennegativo ediciones, 2024.
- MARIÁTEGUI, J.C.: *El artista y la época*. Lima, Editora Amauta, 1959.
- SÁNCHEZ MARÍN, L.: “Una indagación sobre la dimensión estética en Herbert Marcuse”. *Trazos* (I), 2017.
- SCHMIDT, A.: “Herbert Marcuse. Versuch einer Vergegenwärtigung seiner sozialphilosophischen und politischen Ideen”. En Institut für Sozialforschung (ed). *Kritik und Utopie im Werk von Herbert Marcuse*. Frankfurt, Suhrkamp, 1992.